LOS ZAPATOS ENCANTADOS

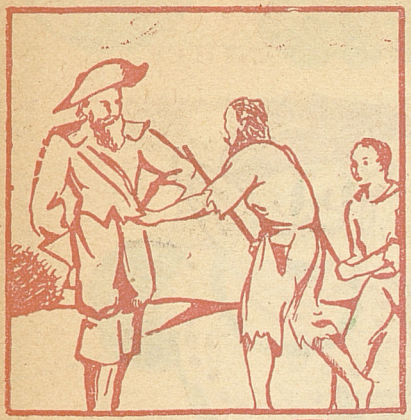
4D TV

Chascón

Revista infantil

Nº36

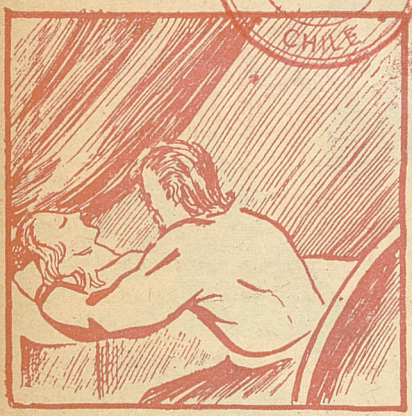
El Retorno a la Isla



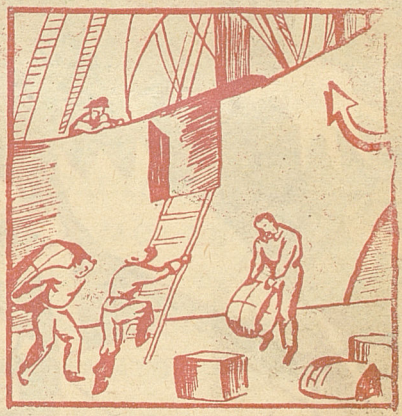
1.—Mientras tanto, los que se habían quedado en la isla, prosperaban y tenían su jefe. Todos vivían tranquilos.

2.—Un día vieron venir un barco, precisamente aquél en que regresaba Robinsón a la isla. El barco se acercaba veloz.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE



3.—Todos salieron a recibirlo. Pero la mujer del jefe estaba enferma y éste no pudo dejarla, a pesar suyo.



4.—Atracó el barco y los navegantes desembarcaron felices. Traían muchos regalos a los pobladores. Fué aquello una fiesta.

CHASCON

AÑO I N.o 36

DICIEMBRE 30 DE 1936

Redacción y Administración: — Agustinas 1639. — Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

Chascón contra Tarzán

Episodio N.o 36

En el cuarto de los suplicios, Chascón y Tarzán fueron amarrados a unas fuertes argollas que había en el suelo. Los centinelas, antes de dejarlos sólos, les dijeron:

—Al amanecer llegará el instante de morir. Se los devorará el verdugo que aquí tenemos y que es el terrible Dragón de las Cabezas de Llamas.

Chascón, al oír estas palabras, sintió un extraño furor y se dijo para sí que él no moriría, costara lo que costase.

En cambio, Tarzán sintió un verdadero terror:

—¡Esta sí que es mala suerte! — suspiró. Si a Chascón no se le ocurre algo, para que nos salvemos, ¡adiós vida!...

Así pensaban, cuando, de repente, los prisioneros escucharon unos ruidos sospechosos en los corredores, como de gente que iba y venía llena de espanto.

—Ha llegado el momento de que nos libertemos — dijo Chascón.

Y sin pensarlo más dió tan fenomenal tirón de la argolla que ésta salió volando por el aire. En seguida le ayudó a Tarzán y miró por la ventanilla.

—Algo raro está ocurriendo — dijo. Creo que vamos a poder salvarnos.

—¡Dios lo quiera! — suspiró Tarzán, que no tenía ninguna gana de morir.

—Ya comienza a amanecer — le dijo Chascón a Tarzán. Afuera se está librando una feroz batalla. Parece que son los soldados del Rey de los Diamantes, que tal vez andan buscándome.

Tarzán palideció, pero pensó que de todas maneras estos soldados le salvarían.

Chascón se acercó entonces a la puerta y le dijo a Tarzán:

—Tenemos que poner el hombro firme, porque debemos derribar esta puerta cuanto antes.

Tarzán no se hizo de rogar. Junto con Chascón comenzó a dar de golpes en la puerta y ésta cedió por fin, viniéndose al suelo con gran estrépito.

Salieron a los corredores. No había nadie. Pudieron salir, pues, fuera, al aire, sin que nadie los detuviera y se metieron de lleno en la batalla. Fué tremenda. Pero el triunfo correspondió por fin a los soldados del rey. Chascón hizo entonces que se aprisionara a la Serpiente y se la metiera en una jaula.

(Continúa en las páginas centrales)

Los zapatos encantados

Sinón y Jolín eran unos genecillos muy activos. Habían llevado a cabo la limpieza de primavera, en su casita, sin olvidar el menor rincón, y no se puede imaginar la cantidad de cosas inútiles que encontraron.

—Mira eso — dijo Sinón señalando un montón bastante grande de ollas viejas, libros rotos, calzado estropeado, y otras cosas semejantes, que había dejado en el huerto. ¿Qué vamos a hacer con todo eso?

—Pues yo tengo otro montón parecido — contestó Jolín.

Su compañero lo examinó y vió que, en efecto, formaba un montón mucho mayor que el suyo propio. Allí había una cama de hierro ya estropeada, dos cubos rajados, una palmatoria inútil, cuatro cacerolas agujereadas y multitud de cosas por el estilo.

—¿Qué vamos a hacer con todo eso? — preguntó Sinón. — No podemos quemarlo, porque ninguno de esos objetos ardería.

—Y en el pueblo no hay basurero — replicó Jolín. — De modo que no podremos pedirle que venga a recoger todo ese montón de cosas inútiles.

—Tampoco es posible llevarlo todo a una zanja, como suelen hacer las personas sucias y descuidadas — observó Sinón. — Así es cómo se estropea el aspecto del paisaje. ¿Qué haremos, pues?

—Caramba, hay un medio — exclamó Jolín después de reflexionar un instante. — Podríamos pedir prestados los zapatos encantados del gnomo Gruñón. Gracias a ellos nos veríamos libres muy en breve de toda esa basura.

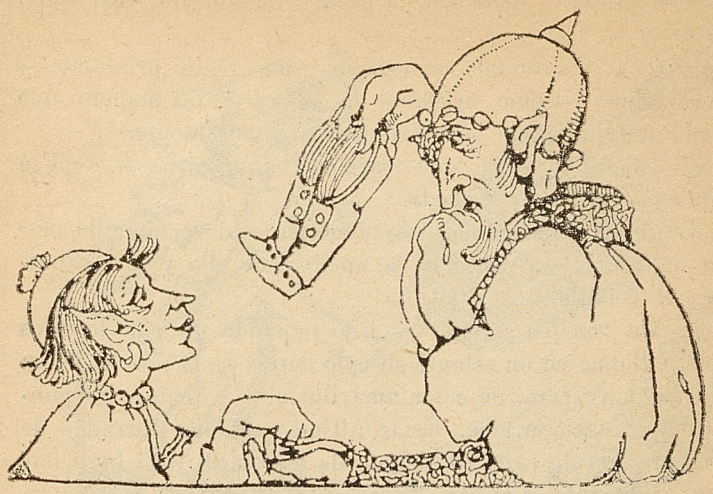
—Tienes razón — exclamó Sinón muy satisfecho. Pero lo cierto es que ese gnomo Gruñón tiene muy mal genio y no me inspira ninguna confianza.

—Yo creo que si le pagamos el alquiler de sus zapatos encantados, no podrá ya incomodarse con nosotros — observó Jolín. — Fíjate bien, querido amigo. — Cualquier cosa que reciba un puntapié de los zapatos encantados desaparece inmediatamente. Es maravilloso. Si yo, por ejemplo, le diese un puntapié a esa cacerola vieja con uno de los zapatos encantados, desaparecería y nunca más la veríamos. ¡Oh, nos costaría muy poco librarnos así de toda esa basura! ¿No te parece?

—Además nos divertiríamos mucho dando esos puntapiés mágicos — exclamó Sinón saltando de alegría. — ¡Qué diversión! Mira, vamos cuanto antes a pedirle ese favor al gnomo Gruñón.

—Vale más que nos llevemos una moneda de oro — dijo Jolín, yendo en busca de su bolsa, que se hallaba en la repisa de la chimenea. — Estoy persuadido de que va a cobrarnos muy caro el servicio. Es un individuo muy codicioso y egoísta, de modo que nadie le manifiesta ninguna simpatía. Y, desde luego, hemos de procurar no entretenernos en su casa, con objeto de que no nos lance alguna maldición, ni ejercite su magia contra nosotros.

Los dos geniecillos salieron entusiasmados. Jolín lleva-



—Aquí están los zapatos—dijo el gnomo Gruñón

ba en el bolsillo su moneda de oro y no tardaron en llegar a la casita del gnomo Gruñón. Hallábase la vivienda en la ladera de la colina y los dos amigos, levantando un pesado aldabón, llamaron a la puerta.

El gnomo Gruñón abrió y se quedó mirando, muy enojado, a los visitantes. Era un individuo de aspecto desagradable. Usaba barba de color amarillento y su nariz era muy larga. Tenía los ojos pequeños y en la cabeza llevaba un gorro rojo adornado de campanitas de plata alrededor del borde, que sonaban cuando él se movía. Era un gorro mágico y el gnomo no se lo quitaba nunca ni siquiera para peinarse, de modo que nadie sabía si era calvo o no.

—¿Qué queréis? — preguntó con su voz fuerte y profunda.

—Desearíamos pedirle a usted el favor de que nos prestase sus zapatos mágicos — dijo cortésmente Jolín. — Des-

de luego estamos dispuestos a pagarle el alquiler correspondiente.

—Deseo cobrar una moneda de oro por este préstamo — dijo el gnomo Gruñón meneando la cabeza de tal manera, que las campanillas de su gorro resonaron intensamente.

—Esta es la suma que traemos con nosotros — replicó Jolín mostrándole la moneda.

Los ojuelos del gnomo resplandecieron al ver aquella moneda de oro, y, sin pensarlo, se apoderó de ella y se la guardó en el bolsillo.

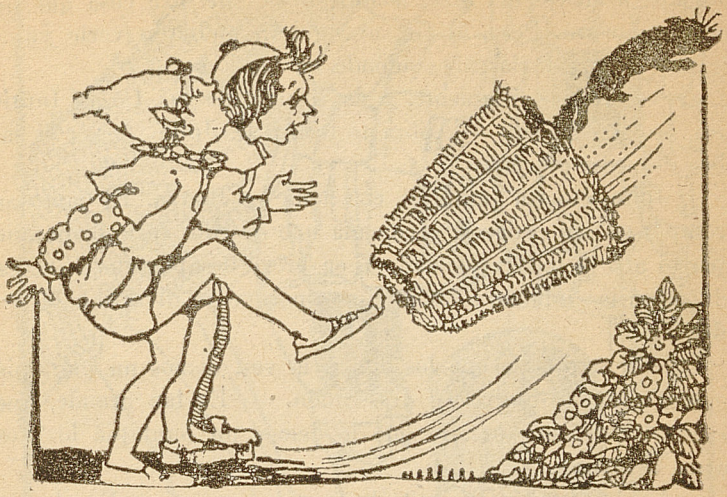
—Ahí van los zapatos — dijo tomando un par de ellos que se hallaban en un estante situado detrás de la puerta. Eran de forma muy rara, de color amarillo vivo y tenían las puntas vueltas hacia arriba. Estas últimas estaban forradas de hierro pintado de rojo, con objeto de que fuese más fácil dar buenos puntapiés. Los dos duendecillos tomaron muy satisfechos aquellos zapatos, dieron las gracias al gnomo y luego se alejaron.

—Traedlos hoy por la noche sin falta — recomendó el gnomo Gruñón.

Luego dirigió una mirada colérica a los dos duendecillos, haciendo resonar al mismo tiempo sus campanillas. Y cerró la puerta con la mayor violencia.

—No hay duda de que es un individuo muy desagradable — dijo Sinón, algo pálido. — Yo empezaba ya a temer que nos convirtiese en escarabajos o en algo parecido. Ya sabes que siempre hace eso con los individuos que le son antipáticos. Una vez convirtió a un duendecillo en una zarzamora y se la comió. Es un tipo odioso.

Los duendecillos se apresuraron a volver a su casa, provistos de los zapatos encantados. Al llegar allá, cada uno de ellos se puso un zapato en el respectivo pie derecho y empezaron a bailar contentísimos.



Cuando el cesto se elevó en el aire salió Patilludo.

Y armaron tal ruido, que Patilludo, su gatazo negro, salió a ver qué ocurría.

—¡Hola, querido Patilludo! — exclamaron los duendecillos, que querían mucho a su gato. — Mira nuestros zapatos encantados.

Patilludo los olfateó, y luego se apresuró a echar a correr. Había olido la magia que existía en ellos y tuvo miedo. Y fué a refugiarse en un rincón del jardín.

—Ahora vamos a empezar a dar puntapiés a todas esas cosas — exclamó Sinón. — Ven. Mira cómo despido esa cacerola agujereada.

Situóse ante ella, levantó el pie derecho y le dió un tremendo puntapié con la punta de hierro del zapato encantado.

La cacerola salió disparada por el aire y se alejó. ¡Dios mío, con qué prisa iba! Los duendecillos observaron cómo se

alejaba a través del aire, hasta que no fué otra cosa que un puntito negro. Pero, al fin, ni siquiera pudieron verlo ya.

—Me gustaría saber adónde ha ido a parar.

—Pues, sencillamente, a la Tierra de las Cosas Inútiles, — dijo Sinón. — Ahora te toca a ti, Jolín. A ver si sabes despedir ese jarro.

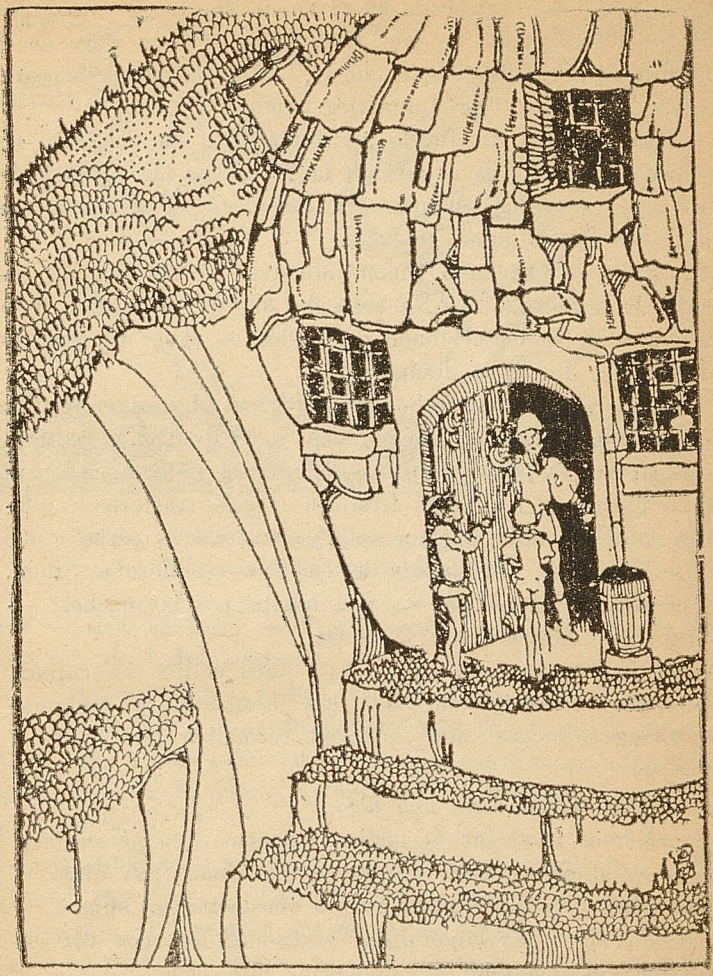
Jolín dió un puntapié con toda su fuerza. El jarro se rompió en mil pedazos, pero cada uno de ellos salió disparado por el aire a toda velocidad. Y en breve desapareció. Los dos duendecillos estaban contentísimos porque se divertían lo indecible.

—Será preciso que los dos, a la vez, demos un puntapié a esa cama de hierro — dijo Sinón. — Es tan grande, que seguramente será preciso que le demos un puntapié los dos a un tiempo.

Así lo hicieron con toda la fuerza que tenían. En el acto la cama se levantó en el aire y, con grande entusiasmo de los duendecillos y enorme sorpresa de los que se hallaban en el pueblo y pudieron contemplar el espectáculo, la vieja cama salió disparada por el aire y empezó a disminuir de tamaño con la mayor rapidez, mientras volaba. Aquello era interesantísimo.

Riéronse los duendecillos hasta el punto de que las lágrimas se asomaron a sus ojos. Gozaban de un modo extraordinario. Sucesivamente dieron de puntapiés a las palmatorias, a los zapatos viejos, a los potes de hojalata, a las ollas viejas, etc. También se libraron de un montón de libros viejos y rotos y de una pala ya inutilizada. De este modo hicieron desaparecer docenas de objetos, y gritaban de entusiasmo cada vez que los veían surcar el aire para no volver.

Por fin, ya no quedó más que un cesto viejo. Sinón le dió un fuerte puntapié y el cesto se elevó en el aire. Pero ¡Dios mío, qué cosa tan horrible ocurrió entonces! Patilludo,



El gnomo los m'ró ceñudo al abrir la puerta.

el gato, se había enroscado en el fondo de aquel cesto y Sinón no se dió cuenta de ello. Cuando el cesto se elevó en el aire, Patilludo salió disparado, y, tanto él como el cesto, atravesaron el aire con fantástica rapidez.

Patilludo dió un fuerte maullido, pero no le sirvió de nada. Por fuerza iría a parar a la Tierra de las Cosas Inútiles, y pronto los horrorizados duendecillos perdieron de vista a su amado gato.

—¡Oh! — exclamó Sinón, mientras derramaba un torrente de lágrimas. — No sospeché siquiera que Patilludo pudiera hallarse en el fondo del cesto. — ¡Oh, mi querido gatito! ¡Oh, Jolín, ha desaparecido!

Jolín también se echó a llorar. Ambos duendecillos querían a su gato de todo corazón y les parecía espantoso el pensar que el pobre Patilludo se hubiera visto lanzado hacia la Tierra de las Cosas Inútiles. ¡Cuán trastornado quedaría el pobre animal! ¡Qué solo y asustado se vería!

—¿Quién le dará ahora la leche? — sollozaba Sinón.

—¿Quién lo cubrirá con una manta por las noches? — añadió Jolín, derramando lágrimas.

Realmente era espantoso. Los duendecillos no sabían qué hacer. Permanecieron largo rato abrazados y derramaron tantas lágrimas, que acabaron formando un charco a sus pies.

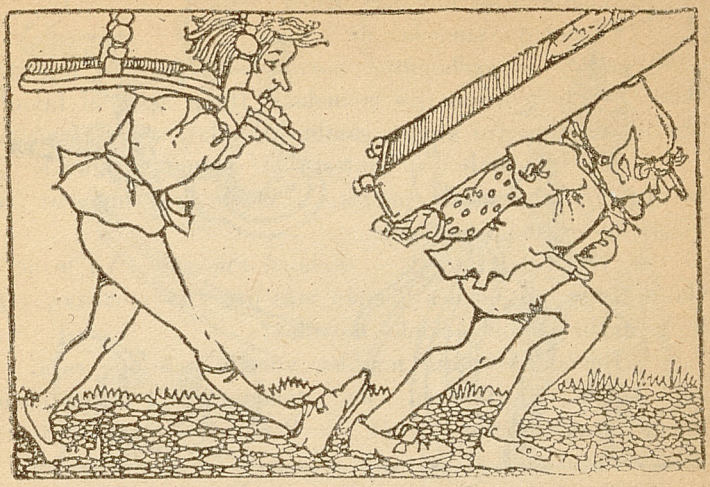
Por fin Sinón tuvo una idea.

—Vamos a visitar al gnomo Gruñón y le preguntaremos si es posible hacer regresar a Patilludo. Sin duda él conoce alguna fórmula mágica para conseguir ese objeto.

—Sí, sí — exclamó Jolín secándose los ojos con su gran pañuelo amarillo.

Así, pues, ambos se encaminaron una vez más a la casita de Gruñón. Este, al verles, frunció las cejas.

—Os dije que trajerais los zapatos esta noche y no esta



Sinón llevaba la mecedora y Jolín consiguió cargarse el relo y llevar también los candelabros.

tarde — dijo enojado. — Precisamente estaba durmiendo la siesta cuando habéis llamado.

—Dispense usted, señor Gruñón, pero hemos venido a causa de un suceso de la mayor importancia — dijo Sinón.— Sin querer, hemos dado un puntapié a nuestro querido gato negro, llamado Patilludo, y quisiéramos saber cómo podríamos recobrarlo.

—¡Caramba! — pensó el gnomo Gruñón mientras centelleaban sus ojos. — Eso puede reportarme algún dinero.

—¡Oh! — exclamó en voz alta. — No hay duda de que es un caso muy grave. Y, para lograr lo que queréis, será preciso que me paguéis una gran cantidad de dinero. Es dificilísimo hacer de modo que un gato negro vuelva del País de las Cosas Inútiles.

—¡Dios mío! — exclamaron a la vez los dos amigos.

— ¿Y cuánto dinero quiere usted cobrar?

—Cincuenta monedas de oro.

—¡Oh! — exclamaron horrorizados los dos duendecillos. — Sólo tenemos tres monedas. Haga usted el favor de devolvernos nuestro gato a cambio de ellas, señor Gruñón.

—Es imposible — contestó el gnomo, fingiendo que se disponía a cerrar la puerta. — O me dais cincuenta monedas de oro o no hay gato.

—¡Espere! ¡Espere! — exclamó Sinón. — Ya le he dicho a usted que no nos quedan más que tres monedas. ¿Qué le gustaría recibir además de ellas?

—Bueno. Aceptaré también vuestro reloj de caja.

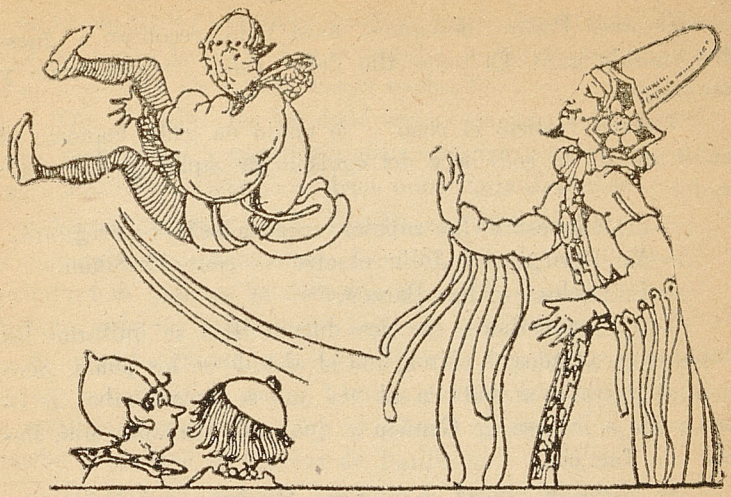
—¡Oh! — gimieron los duendecillos. — Sentiremos mucho desprendernos de él. — Pero, en fin, se lo traeremos.

—También quiero vuestra mecedora — dijo Gruñón. —Y el par de candeleros de latón, que tenéis en la repisa de la chimenea.

Los duendecillos dieron otro gemido, porque precisamente estaban orgullosos de la mecedora y de los candelabros. Pero como querían extremadamente a Patilludo, no vacilaron en prometer que sin pérdida de un instante irían a su casa en busca de todo lo pedido, para entregarlo al gnomo.

En efecto, llorando emprendieron la marcha. ¡Qué espantoso era verse obligados a regalar tantas cosas bonitas a aquel gnomo odioso y avariento! No hay duda de que si hubiera sido bondadoso, se compadeciera de Patilludo y le habría devuelto sin hacer pagar cosa alguna. Mas, por desgracia, el gnomo Gruñón tenía un corazón de piedra.

Los dos amigos tomaron su reloj, la mecedora y los dos candelabros. Sinón llevaba en el bolsillo las tres monedas de oro y además cargaba con la mecedora. Jolín, por su parte,



Gruñón dió un fuerte grito y se elevó en el aire.

se cargó a la espalda el reloj, que sostenía con una mano y con la otra llevaba los dos candelabros, y avanzaban lentamente, jadeando y bufando, bajo sus cargas.

Cuando ya se hallaban cerca de la casita de Gruñón, encontraron a Barzón, que era el alcalde del pueblo. Se asombró en extremo al ver a los dos amigos de tal manera cargados.

—¿Qué os mudáis de casa? — preguntó.

—No— contestó Sinón. — Llevamos todo eso a casa de Gruñón.

Luego refirió a Barzón lo que había ocurrido y de qué modo Gruñón les hizo prometer la entrega de lo más precioso que tenían, a cambio de hacer regresar a Patilludo desde la Tierra de las Cosas Inútiles.

—Así, pues — dijo Sinón tristemente, — le llevamos nuestras tres monedas de oro, el reloj, la mecedora y los

candelabros. Porque deseamos, ante todo, recobrar a nuestro querido gato. El pobrecillo debe estar asustadísimo y muy solo.

Barzón frunció el ceño y se enojó en gran manera, al enterarse de la codicia y del egoísmo de aquel gnomo malvado.

—¿Dónde están los zapatos encantados? — preguntó.

—Yo llevo uno y Jolín el otro — contestó Sinón.

—Dádmelos — dijo Barzón.

Muy sorprendidos, los dos duendecillos se quitaron los zapatos encantados y vieron que el alcalde se los ponía, pero más se extrañaron todavía al ver que se encaminaba en línea recta a la casa de Gruñón y que, una vez ante ella, llamó con fuerza.

Se abrió la puerta y apareció Gruñón enojadísimo.

—¿Cómo os atrevéis a llamar con tanta violencia? — empezó a decir rabioso, aunque se contuvo en seguida, viendo que había llamado Barzón y no los dos duendecillos.

—He venido a decirte una cosa, gnomo Gruñón — replicó el alcalde en tono muy severo. Eres el gnomo más desagradable, avaro, codicioso y cruel de todo el reino, y no mereces vivir en este pueblo habitado por buena gente.

—¿Ah, no? — exclamó Gruñón, mientras sus ojos centelleaban de un modo amenazador. — Pues ¿dónde merezco vivir? ¡Dígamelo!

Y se volvió para meterse de nuevo en la casa.

—El mejor sitio para ti, es la Tierra de las Cosas Inútiles — gritó Barzón.

Y antes de que pudiese penetrar en su casa, dió un par de puntapiés al gnomo con las puntas de hierro de los zapatos encantados, es decir, que primero le dió con el pie derecho y luego con el izquierdo.

Gruñón profirió un grito espantoso y se elevó en el aire.

Sin dejar de gritar continuó volando hasta llegar a la Tierra de las Cosas Inútiles. Los geniecillos le observaron mientras se alejaba y de pronto Sinón exclamó:

—¡Oh, Barzón! Le ha dado usted los puntapies antes de que pudiéramos preguntarle cómo volverá nuestro querido gato Patilludo. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desgracia!

—No os apuréis — les dijo Barzón en tono alegre. — Los gatos siempre encuentran el camino de regreso a su casa, cualquiera que sea la distancia a que los hayan llevado. Patilludo volverá, podéis estar seguros, y eso lo sabía muy bien el maldito gnomo. Es decir, que se disponía a robaros todo eso a cambio de nada. Llevaos a vuestra casa todo lo que estabais dispuestos a dar al gnomo, preparad un plato de leche y esperad el regreso de Patilludo.

—¡Oh, muchas gracias, Barzón! — exclamaron los agradecidos duendecillos. — ¿Y qué va hacer usted ahora con los zapatos encantados?

—Los guardaré en mi casa y si los necesita alguien se los prestaré sin hacerle pagar cosa alguna — contestó el alcalde.

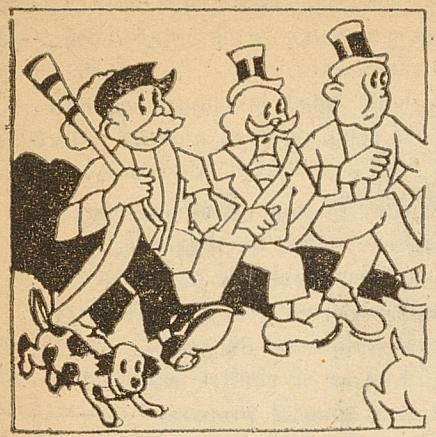
Se quitó los zapatos encantados y poniéndoselos bajo el brazo se los llevó a casa, silbando alegremente. Deteníase, de vez en cuando, para echarse a reír, pensando en el viaje aéreo que quizá realizaba aún el gnomo Gruñón, en su camino hacia la Tierra de las Cosas Inútiles.

Sinón y Jolín emprendieron el camino de regreso, cargados con sus efectos; los dejaron nuevamente en sus sitios respectivos, y luego fueron a la despensa, en busca de un poco de leche. Llenaron un plato de ella y lo dejaron en el suelo para cuando Patilludo estuviese de regreso.

Luego pusieron la chocolatera al fuego, hicieron choco-

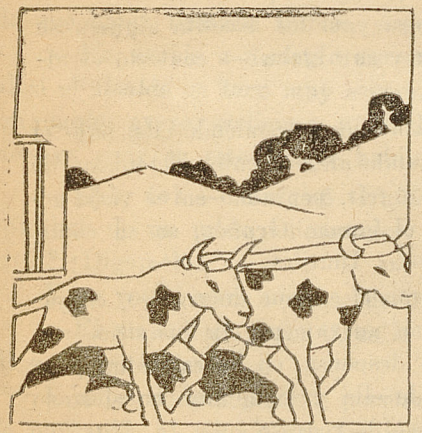
(Continúa en la pág. 36)

El Rey está de Caza

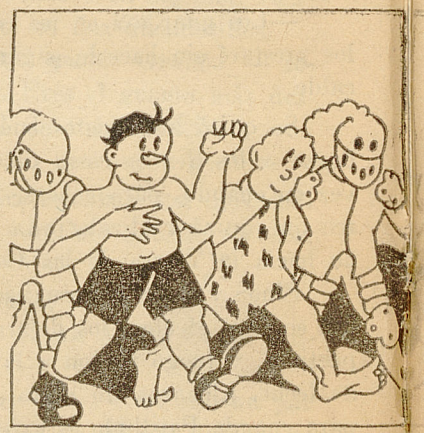


1.—Hermenegildo XX, el Rey de los Diamantes, había salido a cazar y no sabía nada de lo ocurrido. Lo acompañaban los nobles del reino.

2.—De pronto, sus perros comenzaron a ladrar furiosamente hacia las montañas. El Rey de los Diamantes se detuvo.

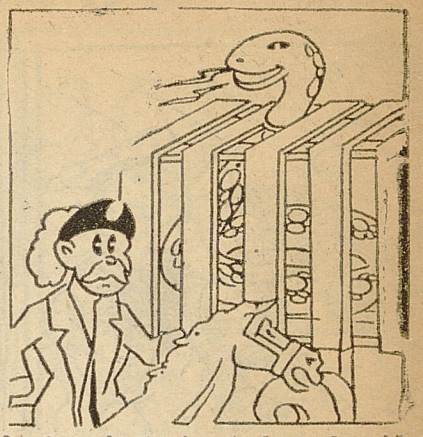


3.—Apareció en lo alto de la montaña una jaula enorme, arrastrada por bueyes. Hermenegildo XX se asombró muchísimo.



4.—Pero en seguida reconoció a sus soldados, entre los cuales venían Chascón y Tarzán. Chascón muy contento; Tarzán, cabizbajo.

5.—Entonces el Rey de los Diamantes echó a correr a la montaña, azotando a su caballo. Se le volaban las plumas del sombrero.



6.—Cuando llegó ante la jaula, vió en ella a la Serpiente, que movía espantosamente los ojos y silbaba con furia.

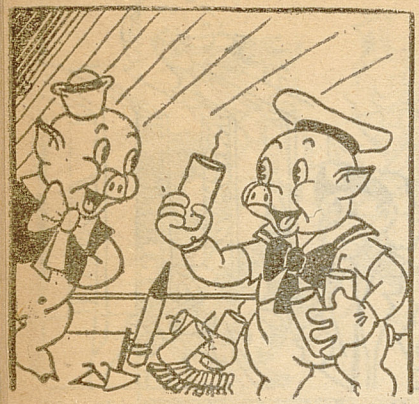
7.—Cuando el pueblo tuvo noticias de la venida de las tropas, salió a las calles, con estandartes y tambores, lleno de júbilo.

8.—Las campanas fueron echadas a vuelo. En todas las casas se colocaron banderas.

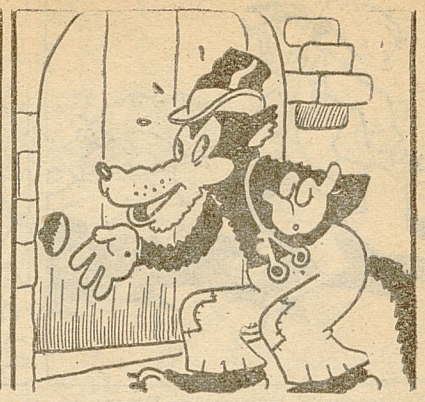
(En el próximo número continúa esta aventura prodigiosa).

(M R.)

Los Tres Chanchitos

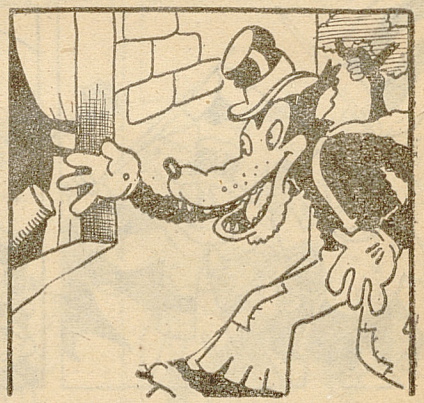


.—Los Chachitos estaban prepa-
ando petardos y fuegos artificia-
es para celebrar el Año Nuevo.

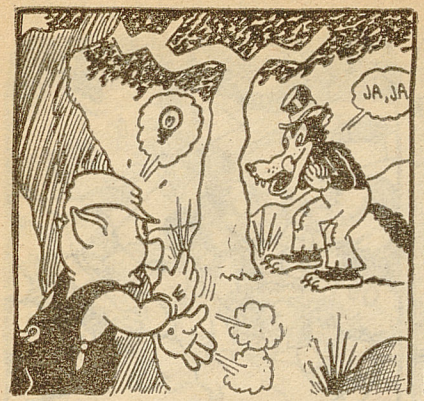


2.—El Lobo que los escuchaba, di-
jo: ¡Esta es la mía! Les dejaré un
petardo con dinamita y cuando lo
prendan volarán.

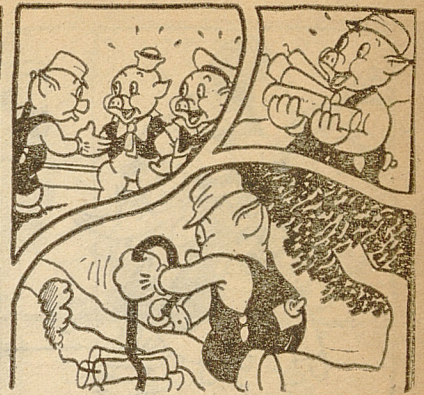
—Fué a su casa y preparó un
etardo "a su manera".— Esta vez
.e las pagarán estos escurridizos
hanchitos — se decía.



4.—Y volviendo a la casa de los
Chanchitos, lo echó por la ven-
tana, para que se confundiera con
los otros.

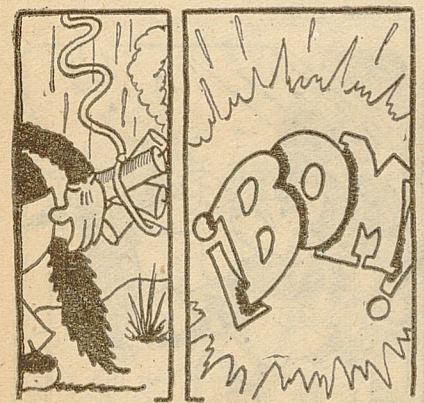


5.—Mientras el Lobo esperaba el resultado de su obra, el otro Chanchito lo vió y pensó hacerle una jugarreta.



6, 7 y 8.—Fué a su casa y les dijo a sus hermanos:—Tengo un "uso" para los petardos, después compraremos más.

Y se fué a subir a un árbol don-
de [illegible] al Lobo



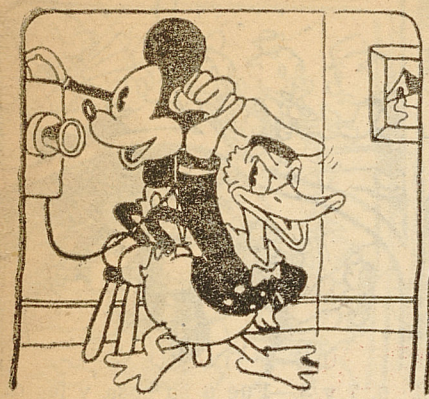
9 y 10.—Los amarró y se los disparó con la mecha prendida sin sospechar que había un cartucho de dinamita. Y ¡Bum!

11.—El Chanchito se dió cuenta inmediatamente de lo que el Lobo les había hecho.

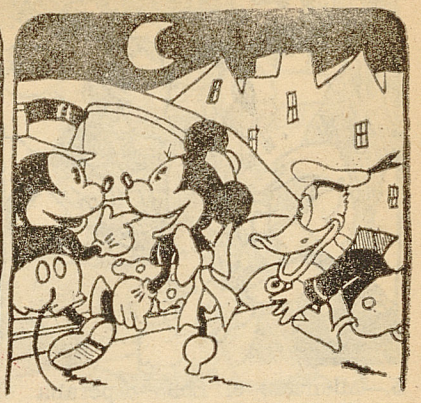
Se lo merece—dijo—. El Lobo no decía nada, estaba más muerto que vivo.

EL RATON MICKEY (M. R.)

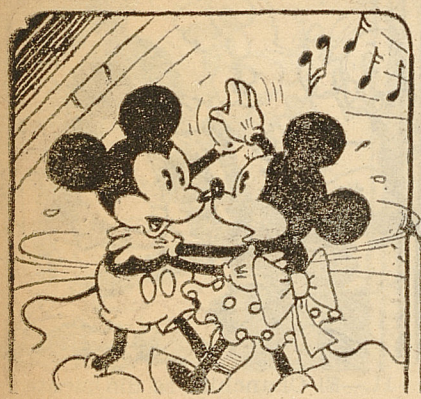
A DONALD LO SALVA LA CAMPANA



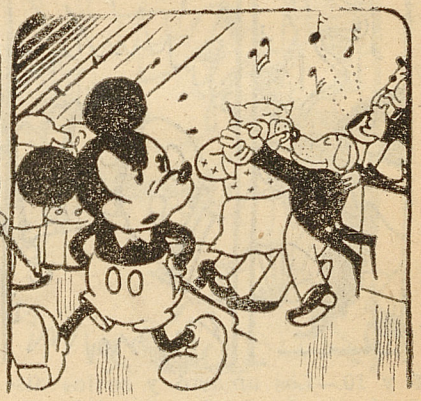
1.—¡Aló! ¿Horacio? —¿Nos convidas a una fiesta de Año Nuevo?—
—No dejaremos de ir.
—¡Hum! Aquí me cuelo.



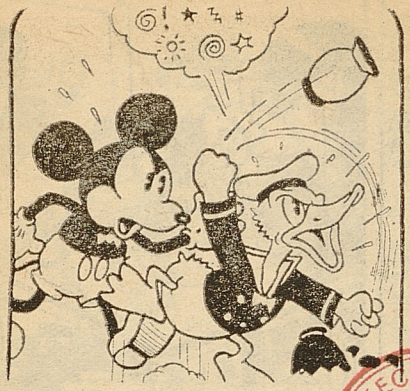
2.—Vamos a dar golpe siempre que los golpes no se los den a Donald.
—¡Qué esperanza! Me portaré como gente.



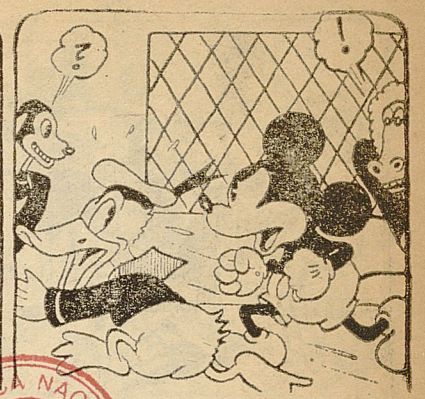
3.—¿Oyes Minnie? Oigo un boche y la voz de Donald, me tinca que este bandido está "metiendo la pata".



4.—¿Para que traería yo a este babieca?
Tiene armado el pastel. Tendré que echarlo a patadas.

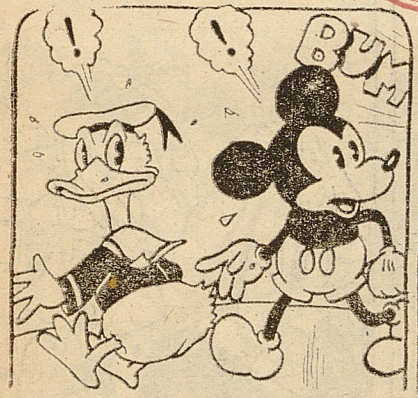


5.—¿Qué haces infeliz?
—Cuac, cuac, cuac, estoy fatigado. Me pisaron diez veces en un solo baile.

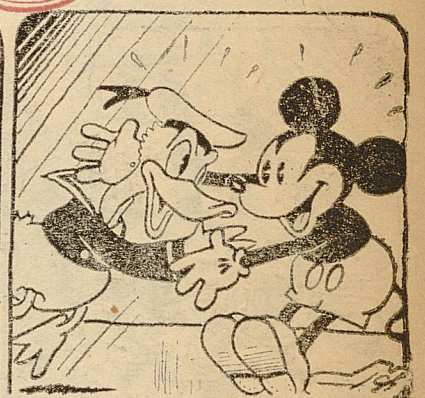


6.—Voy a romperte el alma maldito por armar pelotera en una casa decente.
—No te alteres. Mickey.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

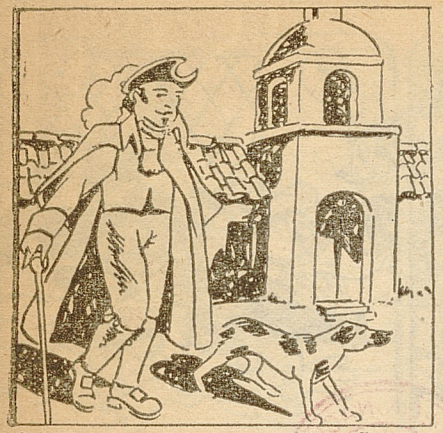


7.— ¿Qué fué ese ruido? ¡Pitos, campanas!
—¡Son las doce!, estamos en 1937.

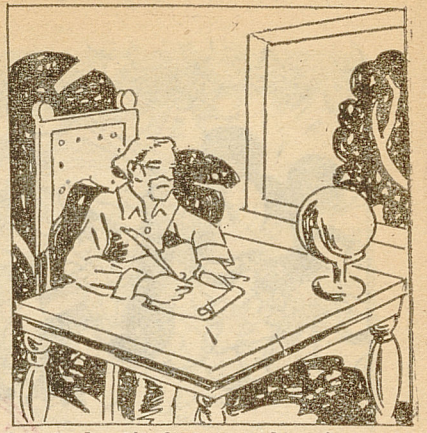


8.— ¡Feliz Año!, Donald, y que cambies mucho.
—¡Feliz Año!, Mickey, mi gran amigo.

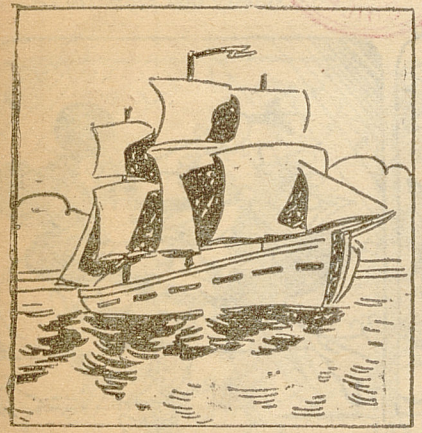
Episodios de la Historia de Chile



1.—Hombre de unos 65 años y poco inteligente, el Gobernador de Chile don Francisco Antonio García Carrasco comenzaba a hacerse



2.—Cada día lanzaba decretos más enérgicos, en que toda libertad quedaba abolida. Ya ni siquiera se podía respirar tranquilo en el país.

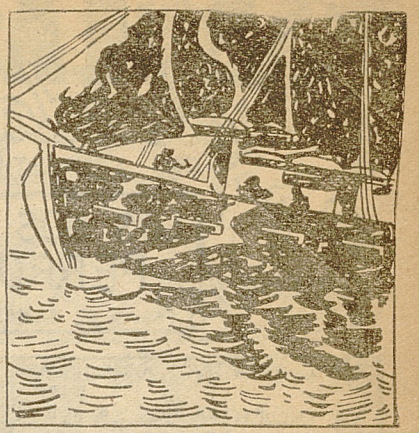


3.—A mediados de 1808, una fragata inglesa, la "Scorpion", que hacía contrabando, llegó a nuestras costas. García Carrasco decidió apoderarse de ella.

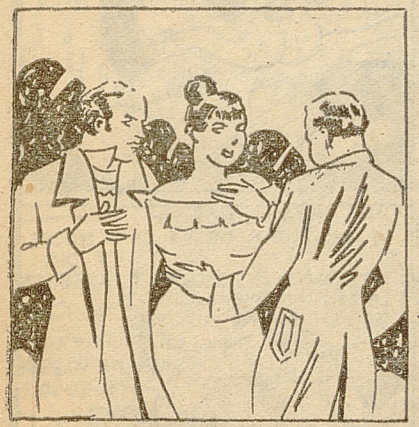
4.—Para eso, engañó al capitán contrabandista, haciendo que un español se hiciera llamar marqués de Larraín y prometiera comprar todo el cargamento del barco.

El Gobernador García Carrasco

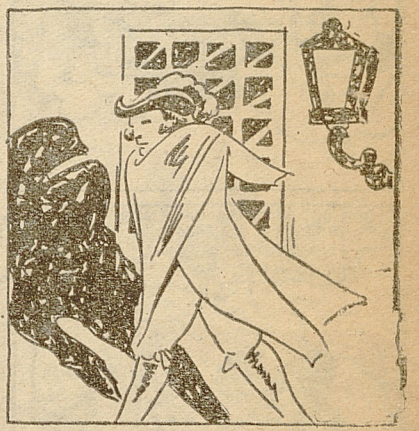
5.—El contrabandista, confiado, bajó a tierra. Entonces salieron unos hombres armados y le dieron muerte bárbaramente.



6.—Después, otros partidarios del Gobernador llegaron hasta el barco y tras corta lucha se apoderaron de él.



7.—Los chilenos se indignaron de que alguien hubiese tomado el nombre del marqués de Larraín, que era un respetable patriota.



8.—La indignación contra el Gobernador fué enorme. Cada día se conspiró más, en secreto, en contra de su gobierno. Se deseaba la independencia.

FABULAS Ilustradas

Por J. CHRISTIE M.

LOS DOS PERROS

FABULA DE SAMANIEGO

Y Así no mas Es...

Los zapatos encantados (Viene de la página 15)

late y lo tomaron con unos bizcochos, porque realmente estaban hambrientos.

Quizá no lo creeréis, pero lo cierto fué que, cuando se sentaban a tomar el chocolate, oyeron un maullido ante la puerta. Simón se puso en pie de un salto y la abrió. Fuera estaba su querido Patilludo, muy cansado y hambriento, porque, en realidad, había hecho un viaje muy largo.

—¡Querido Patilludo! — exclamaron los duendecillos locos de alegría, abrazando por turno al gato y alisándole su pelo suave. — ¡Cuánto nos alegramos de verte! Mira, ya tienes la leche preparada. Y para celebrar tu regreso, te daremos una lata de sardinas.

Aquella noche se sintieron felices a más no poder. Patilludo se sentó en primer lugar en una rodilla de Sinón y luego hizo lo mismo con Jolín, a fin de que ambos estuviesen satisfechos. Y en cuanto al gato, estaba contentísimo de verse de nuevo en su casa.

El gnomo Gruñón continúa, sin duda, en la Tierra de las Cosas Inútiles, que es un lugar muy apropiado para él.

Libros que harán las delicias de los niños:

BENJAMIN FRANKLIN, por J. Baeza .. .. $ 1.20
DE VALPARAISO A LA ISLA VERDE, por Tancredo Vallerey .. .. $ 2.00
Pídalos en librerías, puestos de periódicos o en la

Editorial Ercilla

Agustinas 1639 — Stgo. de Chile — Casilla 2787

El mono y el hipopótamo

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

En una época muy antigua, cuando los plátanos eran escasos y muy numerosos los monos, uno de estos últimos, llamado Travieso, que vivía a orillas del río, tenía en propiedad un árbol que proporcionaba dichos frutos. Travieso estaba muy orgulloso de sus plátanos, porque eran los más dulces de la comarca.

En el río moraba Ra-ra, que era el rey de la comarca. La corpulencia del hipopótamo era enorme y tan grande su boca, que habría podido tragarse seis monos sin advertirlo. Además le gustaban los plátanos con pasión, y, muy especialmente, los del árbol propiedad de Travieso.

Ra-ra se propuso robarle todos los plátanos y, al efecto, ordenó a los loros que se encargasen de quitárselos. Pero como Travieso no se movía nunca de la copa de su árbol, a fin de impedir que le quitaran sus hermosos frutos, las charlatanas aves tuvieron que recurrir a la astucia para cumplir la orden de su rey. Después de deliberar varias horas, en busca de algún medio que les permitiese conseguir su objetivo, convinieron en decir a Travieso que su hermano estaba enfermo y deseaba verlo.

En cuanto el mono recibió aquella noticia, se apresuró a salir en dirección al lugar en que se hallaba su hermano. Mas como viese que estaba bueno y sano, sospechó que aquello había sido simplemente un engaño y volvió con toda la prisa posible al lado de su árbol.

Allí le esperaba una sorpresa dolorosa. Vió que le habían quitado todos los plátanos.

El loro dió el aviso.

Mientras lamentaba su pérdida, se le acercó un loro, diciéndole:

—¡Oh, hermano Travieso! Sabes que Ra-ra, el hipopótamo, nos encargó robarte los plátanos y como luego no quiso darnos ninguno, me vengo de él explicándotelo.

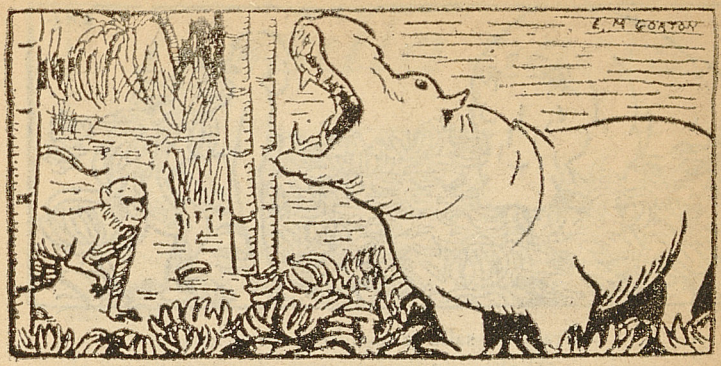
—Pues si es así — contestó el mono — iré a casa de Ra-ra y recobraré mis plátanos.

Dió la casualidad de que la Serpiente, que era muy chismosa, pasara por allí cuando pronunció estas palabras y en el acto fué a ponerlas en conocimiento de Ra-ra.

—¿Ah, sí? — exclamó éste. — En tal caso, ordenad de mi parte a Travieso que se presente cuanto antes.

La Serpiente volvió al lugar en que vivía el mono Travieso y le comunicó la orden del hipopótamo, de modo que el mono se echó a temblar, porque no era tan valiente como pudieran haber dado a entender sus palabras. Mas cuando se disponía a marchar, se le ocurrió una idea.

Preparó con el mayor esmero una buena cantidad de liga, de la que se usa para cazar pajarillos, y con ella se untó



—Me han dicho que quieres robarme los plátano

muy bien en lomo. Hecho esto se encaminó a la casa de Ra-ra, quien vivía, como ya hemos dicho, a la orilla del río.

—Me han dicho — observó el hipopótamo, al verle entrar — que amenazaste con venir a recobrar tus plátanos. ¿Es cierto?

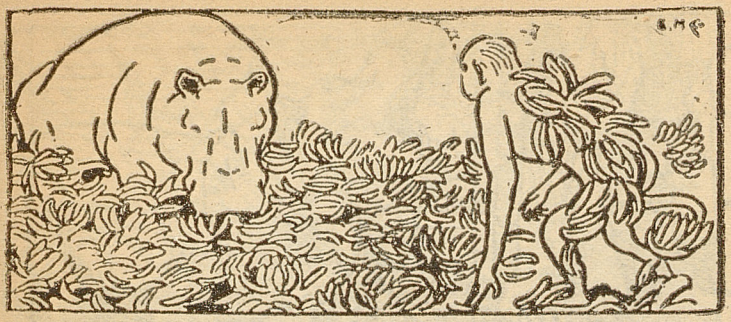
—De ninguna manera, señor — contestó el mono Travieso. — Tanto mis plátanos como yo mismo, estamos a tu servicio.

—Bueno, me alegro de oírte hablar así. Sin duda vinieron a contarme una mentira. Siéntate, pero procura hacerlo de cara a mí y sin tocar ninguno de los plátanos que tienes a tu espalda.

Así lo hizo Travieso, apoyando con fuerza la espalda contra los plátanos que había reconocido por suyos y entonces Ra-ra añadió:

—Me han dicho que sabes muchos cuentos. Refiéreme uno.

Travieso se dispuso a complacer a su soberano y le relató un cuento muy entretenido. Mientras tanto cuidaba de oprimir con la espalda los plátanos para que se adhiriese a



Travieso salió andando de espaldas.

ella el mayor número posible. Por fin, cuando terminó el cuento, Ra-ra le dijo:

—Bueno, puedes marcharte, pero cuida de salir de espalda, como debe hacerse ante un soberano.

Nada podía convenir mejor al mono Travieso, de modo que retrocedió sin mostrar la espalda y sin enseñar la gran cantidad de plátanos que se habían adherido a ella. En cuanto hubo salido de la casa, echó a correr y se refugió en su plátano.

No tardaron los loros en darse cuenta de la astucia del mono y en el acto fueron a comunicárselo al hipopótamo Ra-ra, el cual, al conocer la noticia, tuvo tal ataque de rabia que se murió.

Entonces los animales se reunieron y nombraron sucesor al mono Travieso, el cual gobernó sabia y prudentemente.

La silla vacía

Varios hombres de mucho saber solían reunirse para comunicarse sus pensamientos y comparar el resultado de sus estudios.

—Sí, señores: las alas de este insecto a este ángulo de luz se irisan de morado. Véanlo ustedes — decía uno de ellos, aproximando a la ventana un insecto muerto.

Los demás se ajustaban los anteojos o sacaban del chaleco una lente, miraban, unos tras otro, y uno tras otro se apartaba ,diciendo:

—En efecto: de morado.

Y cuando todos habían declarados que sí, uno de ellos, sin duda el de mejor letra, decía que eso era la verdad y la asentaba en un gran libro en el que todos firmaban con su nombre entero y sus títulos.

Pero había ocasiones en que uno de ellos, al llegar, mientras se quitaba el sombrero, anunciaba:

—He descubierto que los pastores de tal pueblo, desaparecido hace ocho siglos, pronunciaban esta palabra alargando una vocal.

Y miraba, alborozado, a sus compañeros. Entonces uno de éstos, con la vista en el suelo, decía secamente:

—¡¡Acortándola!

Y al instante otro replicaba nervioso, removiéndose en la silla:

—Ni alargándola ni acortándola. Era una vocal muda, sordomuda, falsa vocal, y no se pronunciaba de ninguna manera.

—¿Una vocal que no se pronuncie? ¿Dónde se ha visto eso? ¡Hum! ¡Hum! — murmuraba otro, sordamente.

En esos casos tropezaban ásperamente entre sí las opiniones de los hombres de mucho saber y no se asen-

taba cosa alguna en el gran libro, porque, entre tantos pareceres, el de la buena letra no podía decir "esto es la verdad" y escribirla en el librote.

Lo curioso es que cuanto más estudiaban encontraban menos cosas de las que todos pudieran decir que eran la verdad. El libro resultaba demasiado grande, y un día el que debía escribirlo dijo, un poco pálido:

—¿Vamos a morirnos dejándole más de la mitad de las páginas en blanco?

La situación era, como se ve, muy seria, y todos se pusieron a pensar con un puño en la sien.

De pronto, uno abrió el puño y se dió una palmada.

—Pongamos una silla más — exclamó.

—¿Para qué? ¿Para quién?

—Para un hombre de mucho saber que todavía no ha llegado.

—Contemos, primero, si no vamos a ser trece.

Eran once. Dieron un suspiro de alivio e hicieron poner una silla más.

Desde entonces, cuando no estaban de acuerdo y no acertaban con nada para escribir en el libro, el secretario, o el que hacía de tal, pues no tenía nombramiento, decía:

—¡Falta una opinión!

Y todos a una miraban la silla vacía, como consultándola, en respetuoso silencio.

Mayor era el silencio de la silla vacía.

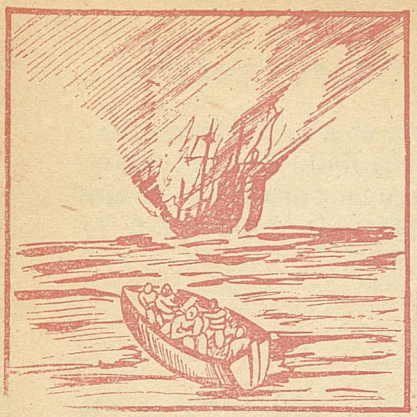
Al cabo de un rato el secretario decía:

—Nuestro ilustre compañero no ha venido todavía y no sabemos cuándo vendrá. Por consiguiente, adoptaremos una verdad, a condición de modificarla cuando él venga. "si ha lugar", porque era secretario.

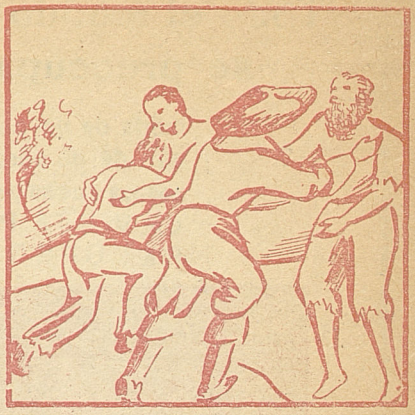
Entonces elegían con cedulitas en un sombrero una de las tantas opiniones, la escribían y afirmaban, y se despedían reconciliados.

La silla seguía vacía pero el libro se iba llenando.

Episodio N.° 16



5.—Algunos marineros, encantados de aquella región, salieron en seguida a dar un paseo por los contornos, en un bote.



6.—Robinsón abrazó a los pobladores de la isla y les preguntó muchas cosas acerca de su existencia en aquel tiempo.

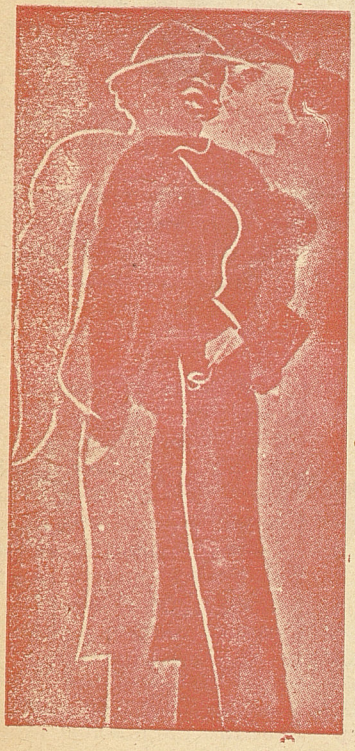
7.—Charló largamente con el jefe y dió medicinas para sanar a su esposa Los habitantes reconocieron a Robinsón como el jefe supremo.

8.—En aquellos días, se celebró el bautizo de muchos indígenas y Robinsón fué el padrino de casi todos ellos.

(Continuará).

Todo el mundo se preocupa de su cuerpo....

cuida de no perder el cabello o los dientes... aún de no perder la línea! Pero son muy pocos los que se preocupan de no perder los ojos! LA VISTA PERDIDA NO PUEDE RECUPERARSE!



EL 85 % DE LAS ENFERMEDADES DE LA VISTA PROVIENEN DE DEFECTOS DE ILUMINACION. USE USTED LUZ DIFUSA EN CANTIDAD ADECUADA A SUS NECESIDADES, Y EVITARA MOLESTIAS GASTOS, Y EL PELIGRO DE PERDER PREMATURAMENTE SU VISTA.

Compañía Chilena de Electricidad Ltda.

Prensas de la Editorial Ercilla